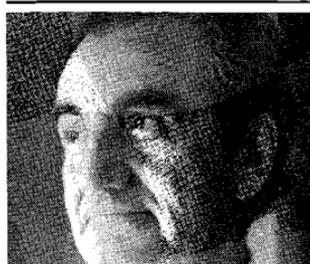


PSICOLOGIA Y BILINGÜISMO

Por Miguel Siguán

1. Algunas precisiones terminológicas

Como ocurre con cualquier concepto que se refiera a hechos personales o sociales, el intento de definir qué entendemos por bilingüismo puede dar pie a discusiones interminables. Por mi parte y de acuerdo con una opinión generalizada propongo llamar bilingüe —y en general polilingüe— al individuo que es capaz de utilizar dos o más lenguas en cualquier situación y con parecida facilidad y eficacia. Me separo con ello de los que consideran que el bilingüismo empieza en el momento en que el individuo es capaz de construir frases en otra lengua y no sólo de traducir palabras. Entiendo que la denominación de bilingüe debe reservarse para un conoci-



MIGUEL SIGUAN SOLER es catedrático de Psicología de la Universidad de Barcelona, donde nació en 1918. Se dedicó durante un tiempo a la psicología social e industrial, pero actualmente se ha especializado en cuestiones de psicología y sociología del lenguaje y como director del Instituto de Ciencias de la Educación sigue ocupándose de los problemas sociales de la educación.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes una colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa y la Biología. El tema desarrollado actualmente es la Psicología.

En Boletines anteriores se han publicado: *Lo físico y lo mental*, por José Luis Pinillos, Catedrático de Psicología de la Universidad Complutense; *Piaget y la psicología cognitiva*, por Juan A. Deval, Profesor de Psicología Evolutiva de la Universidad Complutense; *Modelo judicativo de la conducta*, por Carlos Castilla del Pino, Profesor de Psiquiatría en la Facultad de Medicina de Córdoba; *Tareas actuales de la Psicolingüística*, por Víctor Sánchez de Zavala, Profesor de Psicología del Pensamiento y el Lenguaje de la Universidad Complutense; *Posibilidades y límites de los tests de inteligencia*, por J. A. Forteza, Profesor Agregado de Psicología Diferencial de la Universidad Complutense; *Herencia y ambiente en la Psicología contemporánea*, por Mariano Yola, Catedrático de Psicología General de la Universidad Complutense; *La Psicología soviética en contradistinción con la Psicología norteamericana*, por J. L. Fernández Trespalacios, Catedrático de Psicología General de la Universidad a Distancia, y *Terapia y modificación de conducta*, por Vicente Pelechano, Catedrático de Psicología Evolutiva y Diferencial de la Universidad de Valencia.

miento mucho más profundo y un uso mucho más general de dos lenguas. Pero tampoco pretendo limitar el uso de la palabra al caso límite lindante con la utopía del individuo que conoce dos lenguas con la misma perfección y las utiliza con la misma frecuencia.

Es evidente que la definición propuesta incluye un doble margen de ambigüedad. Ambigüedad, al dar por supuesto que podemos decidir cuándo dos lenguas son realmente distintas. ¿Es bilingüe el individuo que habla una lengua y un dialecto o una variante de esta misma lengua? Pero ambigüedad sobre todo al referirse a un conocimiento y un uso «parecido» de las dos lenguas en que se expresa el bilingüe. Reconozcamos, sin embargo, que esta ambigüedad es un reflejo de la realidad: los individuos que merecen el calificativo de bilingües difieren ampliamente entre sí.

La conciencia de estas diferencias ha hecho que desde que se comenzó a teorizar sobre el bilingüismo se hayan intentado distinguir clases o tipos de bilingüismo. Así, una que es muy utilizada distingue entre bilingüismo compuesto y bilingüismo coordinado. En el bilingüismo compuesto cada palabra en la segunda lengua significa una palabra en la primera lengua, o cada frase en la segunda lengua significa una frase en la primera lengua del sujeto. En cambio en el bilingüismo coordinado cada palabra y cada frase en una u otra lengua se refiere directamente a una realidad o más exactamente a la misma realidad designada en una u otra lengua. Pero resulta demasiado evidente que el bilingüismo compuesto no merece el nombre de bilingüismo y que sólo cuando el individuo es capaz de referirse directamente a la realidad en dos lenguas merece el nombre de bilingüe.

Otras clasificaciones se presentan con un mayor grado de sofisticación. Todas tienen, sin embargo, un inconveniente básico, nuestro escaso conocimiento de los procesos mentales del bilingüe. Sólo cuando entendamos algo mejor que ahora las relaciones entre pensamiento y lenguaje y los mecanismos que nos permiten pasar de una lengua a otra, podremos aventurar una clasificación de las modalidades de bilingüismo.

Lo que sí en cambio es posible hacer, y en muchos casos útil y necesario por no decir imprescindible, es distinguir grados en el bilingüismo de los individuos y esto en un doble sentido, en cuanto a su conocimiento comparado de las dos lenguas que utilizan y en cuanto a la frecuencia con que usan una y otra. Por supuesto la medida del conocimiento y del uso de una lengua plantea muchos

problemas teóricos y prácticos, sin embargo, es innegable el interés que encierra una medida incluso aproximada de este tipo para el tema que nos ocupa. Al pensar en la cantidad de estudios realizados en la primera mitad de este siglo sobre cuestiones de educación y bilingüismo con resultados contradictorios y decepcionantes, es fácil caer en la cuenta de que la raíz de la contradicción y la decepción se encuentra en que en la mayoría de estos estudios no se hizo ningún esfuerzo por definir el grado y las características del bilingüismo de sus sujetos.

Ahora bien, si intentamos evaluar el conocimiento y el uso de dos lenguas por parte de un grupo de individuos, pongamos por caso los estudiantes de la Universidad de Barcelona, pronto advertiremos rasgos comunes tanto en su nivel de conocimiento como en la frecuencia y en las situaciones en las que utilizan una u otra lengua. Si la evaluación la hubiésemos intentado con estudiantes de la Universidad de Malaya, y referida al malayo y al inglés, habríamos encontrado también rasgos comunes pero, en algunos puntos al menos, distintos de los encontrados en Barcelona. La explicación es fácil: por encima de las diferencias individuales los estudiantes de Barcelona se encuentran también en una situación común a todos ellos, gencia de dos lenguas con determinados condicionamientos. Y los estudiantes de la Universidad de Malaya se encuentran también en una situación común a todos ellos, parecida pero distinta a la de Barcelona.

Partiendo de esta observación podemos proponer una nueva manera de clasificar los individuos bilingües: clasificarlos por las situaciones en las que se encuentran ya que son éstas no sólo las que provocan la existencia de bilingües, sino que las determinan en buena parte el modo cómo serán conocidas y usadas las lenguas en presencia.

Una primera clasificación de situaciones bilingües puede ser la siguiente:

I. Bilingüismo familiar.—El individuo está inmerso en un medio bilingüe en su propia vida familiar. El niño que crece en una familia donde esto ocurre aprende a hablar a la vez en dos lenguas. Para algunos autores ésta es la única situación que permite llegar a ser plenamente bilingüe; afirmación exagerada, ya que si es cierto que a medida que pasan los años es cada vez más difícil convertirse en bilingüe, no es, sin embargo, imposible.

II. La familia monolingüe en un medio lingüístico extraño.—Es la situación representada típicamente por la familia emigrante. El individuo se ve llevado a aprender otra lengua después de la infancia y la usa fuera del ambiente familiar.

III. La minoria lingüística autóctona que convive con otra lengua como resultado de un proceso de unificaci3n o de absorci3n.

IV. La minoria lingüística inmigrada.

V. Ambientes cosmopolitas en los que se habla una lengua franca, que en la actualidad es con frecuencia el inglés.

Estas situaciones pretenden describir los factores que influyen sobre el comportamiento del individuo, pero son evidentemente situaciones sociales que implican a otras personas y más exactamente a grupos sociales. Lo cual me lleva a referirme al bilingüismo como hecho social.

2. El bilingüismo, hecho social

Como he empezado este comentario definiendo al individuo bilingüe, es fácil añadir que la acumulaci3n de individuos bilingües en un mismo territorio o en una misma sociedad convierte al bilingüismo de individual en colectivo, de hecho psicológico en hecho social. Las mismas técnicas que pueden utilizarse para evaluar el grado de bilingüismo de unos individuos, si se aplican a los habitantes de un territorio, nos informarán sobre el nivel de bilingüismo en el territorio en cuesti3n. El bilingüismo colectivo sería así la suma de los bilingüismos individuales.

Pero la introducci3n de la noci3n de situaci3n nos invita a contemplar el bilingüismo desde otra perspectiva. Los individuos no se convierten en bilingües por azar o por capricho, sino precisamente porque se encuentran rodeados de otros hombres con los que necesitan entrar en relaci3n y que hablan otras lenguas, o dicho en forma más precisa, porque se encuentran en una situaci3n que les impulsa o les obliga a convertirse en bilingües.

Visto desde esta perspectiva, lo primario ya no es el individuo bilingüe sino la situaci3n, la sociedad pequeña o grande, familia o sociedad política, en la que coexisten dos lenguas. El bilingüismo del individuo es sólo la consecuencia de este hecho.

Estas dos perspectivas psicológica y sociológica —que encontramos en el tratamiento de cualquier aspecto del comportamiento humano— son solidarias y complementarias. No podemos explicar el hombre individual sin apelar a la sociedad, ni podemos explicar la sociedad sin acudir a las motivaciones de la conducta individual. Pero el que se reclamen mutuamente no quiere decir que se confundan y el investigador ha de elegir en cada caso una de ellas.

Tan claramente distintas son que la palabra bilingüe tiene un significado diferente cuando se aplica a un individuo o a una sociedad.

Cuando se usa para calificar el comportamiento de un individuo, significa su capacidad de usar dos lenguas distintas. Lo distintivo es, por tanto, la igualdad o el parecido de la capacidad para usar dos lenguas.

Referida a un territorio o a una sociedad, bilingüismo significa la vigencia de dos lenguas distintas en un mismo lugar y entre los miembros de una misma sociedad. Es cierto que en un territorio bilingüe acostumbran a abundar los individuos bilingües, pero ello no es forzoso y existen territorios bilingües donde la mayoría de los habitantes sólo hablan una u otra de las lenguas en presencia. Lo característico de una situación colectiva de bilingüismo no es tanto el grado de bilingüismo de los individuos, como la coexistencia de dos lenguas en un mismo ámbito social.

Tan distintos son estos significados que alguna vez se ha propuesto, para separarlos claramente, reservar la palabra bilingüismo para el comportamiento individual y llamar diglosia —literalmente «bilingüismo» en lengua griega— a la situación colectiva.

La palabra diglosia tiene ya un uso acreditado y se utiliza para designar las situaciones colectivas en las que no sólo coexisten dos lenguas, sino que una de ellas tiene un status privilegiado —uso culto, uso oficial, prestigio, etc.— mientras la otra se usa sólo en los ámbitos privados o para tratar de temas sin trascendencia pública.

El término diglosia fue introducido por Ferguson en 1959 y popularizado sobre todo por Fishman, que en 1967 distinguía entre bilingüismo sin diglosia y bilingüismo con diglosia.

Notemos que la expresión «bilingüismo sin diglosia» es muy discutible, pues siempre que dos lenguas coinciden en una misma sociedad se da algún desequilibrio entre ellas y la perfecta igualdad de status y de prestigio es imposible. Claro que el desequilibrio puede ser más o menos acusado y que podemos guardar la palabra diglosia para los casos más graves.

Desde hace algunos años la bibliografía sobre el bilingüismo como hecho social es muy abundante y aumenta rápidamente. No podemos extrañarnos por ello dado que en nuestra sociedad contemporánea las situaciones de lenguas en contacto son muy frecuentes y no presentan trazas de disminuir.

Pero esta atención al bilingüismo como problema social y a sus implicaciones de todo orden contrasta con la escasa atención que ha recibido el estudio del bilingüismo desde la perspectiva psicológica; olvido tanto más notable cuan-

do la reflexión sobre el bilingüe parece que podría arrojar alguna luz sobre problemas centrales de la psicología, como son la relación entre inteligencia y lenguaje por un lado, y la relación entre lenguaje y personalidad por otro. Las presentes reflexiones se sitúan en esta perspectiva.

3. El bilingüismo como problema psicológico

Para describir las peculiaridades del comportamiento del bilingüe es preferible referirse en primer lugar al bilingüismo que se adquiere en la primera infancia, no sólo porque el bilingüismo así adquirido acostumbra a ser muy profundo, sino porque es el que muestra con mayor claridad las posibilidades y los problemas de la doble comunicación lingüística.

El niño que crece en una familia en la que se hablan dos lenguas —caso frecuente en los territorios bilingües y también como resultado de los cada vez más numerosos matrimonios internacionales— aprende a hablar en las dos lenguas simultáneamente o con un pequeño «decalage» temporal.

Esto significa en primer lugar que el niño aprende dos repertorios distintos de palabras para designar unas mismas experiencias. Pero significa además que el niño aprende dos juegos distintos de reglas morfológicas y sintácticas para relacionar las palabras y expresar con ellas una elaboración de la realidad. O sea, que el niño es capaz de pensar y de comunicar una misma realidad en dos formas lingüísticas distintas e independientes.

La admiración que produce este doble aprendizaje, aumenta todavía cuando nos damos cuenta de la edad en que ocurre. Un niño puede convertirse en bilingüe al mismo tiempo que aprende a hablar, o sea, en el segundo o tercer año de su vida, cuando su capacidad de manejar el mundo físico que le rodea es todavía reducidísima.

Pero por sorprendente que resulte, se trata de un proceso normal que de ningún modo desborda las capacidades intelectuales del individuo. Cualquier niño normalmente constituido que crece en un ambiente donde se hablan dos lenguas, acaba por convertirse en bilingüe.

Para completar la caracterización del comportamiento del bilingüe debemos añadir todavía un par de observaciones.

En primer lugar que el niño que empieza a hablar en dos lenguas distintas desde muy pronto mantiene separados perfectamente los dos códigos, habla en una u otra lengua según el interlocutor y la situación. Este aislamiento no es por supuesto total; el niño hace préstamos e inter-

ferencias entre una u otra lengua y con tanta más frecuencia y facilidad cuando más se mezclan las dos lenguas en su ambiente. Incidentalmente conviene hacer notar que el aprendizaje simultáneo de dos lenguas por el niño resulta más fácil si cada lengua está claramente adscrita a una persona o a unas situaciones. Pero la abundancia de las interferencias no dice nada contra el hecho fundamental de que desde muy pronto el niño habla en cada momento en una lengua o en la otra y, por tanto, mantiene separados los dos códigos.

La segunda observación importante es que, al mismo tiempo que posee dos códigos, es capaz de pasar de uno a otro sin esfuerzo y casi automáticamente en cuanto cambia el interlocutor o la situación, y seguir manteniendo a pesar del cambio de código la coherencia de sus proyectos y de sus interpretaciones de la realidad.

Los rasgos que acabamos de señalar en el niño desde los comienzos de sus aprendizajes lingüísticos son precisamente los que caracterizan al bilingüe como tal en la edad adulta. Por definición el hombre bilingüe es capaz de comunicarse con distintas personas en dos lenguas distintas y utilizar cualquiera de las dos en sus procesos intelectuales, sea en el diálogo, sea en la pura reflexión.

Lo cual significa no sólo que el bilingüe posee dos sistemas lingüísticos y que puede utilizar cualquiera de los dos, sino que en el momento en que elige uno el otro queda relegado y reprimido sin que prácticamente interfiera con el que está usando. El bilingüe que está hablando en la lengua A, no elige en cada momento de su discurso entre palabras de su vocabulario en la lengua A o en la lengua B, o entre reglas gramaticales de la lengua A o de la lengua B, sino que espontáneamente sólo se proponen a su elección palabras y reglas en la lengua en que está hablando. Sólo accidentalmente en el momento en que le falta una palabra o una regla, acude a la otra lengua. Porque si lo primero que se ofrece a su elección son palabras y reglas de la lengua B a partir de las cuales ha de buscar correspondencias en la lengua A, diremos que no es bilingüe o que lo es en forma muy imperfecta.

Y como ya decía para el niño, el bilingüe no sólo posee dos códigos que mantiene separados, sino que es capaz de pasar de uno a otro casi automáticamente y sin esfuerzo en el momento en que varía el interlocutor o la situación. Dos bilingües hablando en la lengua A pueden pasar a la lengua B en el momento en que se incorpora a su conversación un interlocutor que sólo habla la lengua B y volver a la lengua A en el momento en que este interlocutor se ausenta.

La rapidez y la facilidad del cambio depende evidentemente del grado de bilingüismo. Pero depende también de ciertas características personales y de una determinada flexibilidad que es muy distinta según los individuos.

Pero lo verdaderamente importante desde el punto de vista de este comentario, no es tanto la rapidez del cambio como el que a través del cambio se prosigue el mismo proceso de pensamiento, la misma conversación. Otro ejemplo del mismo orden nos lo ofrece el profesor o el conferenciante bilingüe, que habiendo preparado su lección en una de las lenguas que domina, en el momento de comenzar a hablar decide que va a hacerlo en otra, y lo hace sin necesidad de repensar en la segunda lengua su esquema y su argumentación.

El asombro que nos produce el hecho del bilingüismo puede paliarse recordando que incluso los individuos monolingües poseen en realidad varios códigos lingüísticos —lengua vulgar, lengua culta, argot profesional, lengua escrita— que utilizan según los casos. El abogado no se expresa de la misma manera en la intimidad de su familia que en una conversación entre colegas o que en un alegato ante un tribunal, ni usa el mismo lenguaje cuando habla que cuando escribe. En cualquiera de estos ejemplos la independencia de los códigos y el paso de uno a otro en función de la situación exterior se hace de la misma manera que en el bilingüe.

Pero si la generalidad del hecho puede reducir el asombro, deja de todos modos intactos los dos problemas básicos que plantea el bilingüismo:

El bilingüe es capaz de elaborar intelectualmente del mismo modo la realidad en dos lenguas distintas.

El bilingüe es capaz de mantener la unidad de su personalidad a pesar de pensar y expresarse en dos lenguas distintas.

4. Lenguaje y pensamiento

El lenguaje cumple como es sabido dos funciones básicas en la existencia humana.

Por un lado el lenguaje es nuestro medio principal de comunicación. Hablando entramos en contacto y nos relacionamos con los demás. Pero al mismo tiempo el lenguaje es instrumento del pensamiento, pensamos en forma verbal, entendemos la realidad a través de un lenguaje en el que expresamos nuestra intelección.

Una manera simplista de entender la relación entre estas dos funciones consiste en considerar que el lenguaje como medio de comunicación es el lenguaje externo, —el

pronunciado y oído— y que el lenguaje instrumento del pensamiento, y aun el pensamiento mismo, es simplemente la interiorización del lenguaje interno.

Por supuesto el niño empieza a hablar porque necesita comunicarse con los demás y aprende a hablar en esta comunicación, el lenguaje que aprende es en definitiva el que hablan los demás. Es cierto, por tanto, que la función primaria del lenguaje es la comunicación y que el uso del lenguaje en el pensamiento interior y solitario comienza por la interiorización del lenguaje hablado.

Pero si esto es cierto, es igualmente cierto que si el niño empieza a hablar es porque es capaz de una cierta actividad intelectual, sin la cual continuaría indefinidamente comunicándose sólo por gestos. Si el niño usa palabras es porque es capaz de una cierta capacidad abstractiva y generalizadora que le permite dar significado a las palabras, y si usa frases es porque es capaz de entender relaciones abstractas y de aplicar reglas formales como son las de la sintáxis.

Lo cual quiere decir que el lenguaje exterior es tan pensamiento e implica tanto la actividad intelectual como el lenguaje interiorizado. Pero, ¿en qué consiste esta implicación? ¿Cómo se relacionan actividad intelectual y lenguaje?

Como es bien sabido en nuestro tiempo hay una clara tendencia a identificar pensamiento y lenguaje, y a considerar que el significado se confunde con el signo, el razonamiento con el encadenamiento de los enunciados y la lógica con la sintaxis; a creer, por tanto, que las estructuras del lenguaje son las estructuras del pensamiento y que entendemos la realidad en función de ellas.

No tendría sentido plantear aquí una discusión sobre este tema, pero sí quiero poner de manifiesto que la existencia del bilingüe capaz de sostener un mismo razonamiento en dos lenguas distintas, o de comenzarlo en una lengua y continuarlo en otra, debería bastar para demostrar que no es lícito confundir la actividad intelectual con su expresión lingüística.

Y resulta realmente sorprendente que en las discusiones frecuentes y a veces ásperas sobre la relación entre el pensamiento y lenguaje no se traiga a colación la existencia de los individuos bilingües, cuando parece que una reflexión sobre su caso debería arrojar mucha luz sobre este tema.

La afirmación de que el bilingüe es capaz de realizar una misma operación intelectual en dos lenguas, no debe entenderse en el sentido de que la totalidad de los conoci-

mientos sobre la realidad expresados en las dos lenguas coincidan necesariamente. Sabemos por experiencia que las palabras y las frases en dos lenguas distintas no coinciden y incluso que cuando pretendemos expresar el mismo pensamiento en las dos, estas limitaciones nos coartan y deforman nuestro pensamiento. Pero esta imposibilidad de la traducción perfecta en la que más adelante haré hincapié no debe hacernos olvidar la posibilidad de una correspondencia básica, tanto mayor cuanto más estrictamente intelectual es el discurso que se pretende traducir.

5. Bilingüismo y desarrollo intelectual

Ya que he hablado de la relación entre bilingüismo y actividad intelectual parece conveniente hacer alusión a la idea difundida por bastantes investigaciones de la primera mitad de este siglo, de que el bilingüismo tiene un efecto negativo sobre el desarrollo intelectual.

En todas estas investigaciones, unos niños pertenecientes a una minoría lingüística y alumnos de escuelas en las que se utilizaba una lengua distinta de su lengua materna —galeses educados en inglés, italianos y portorriqueños emigrados a Estados Unidos— al ser sometidos a pruebas de inteligencia daban resultados inferiores a los de sus compañeros monolingües ingleses o norteamericanos.

Si se tiene en cuenta que los niños bilingües estudiados no eran en realidad bilingües, sino niños con una lengua propia obligados a convertirse en bilingües por inmersión brusca en una lengua extraña en la que se medían sus progresos, los resultados no tienen nada de sorprendente; menos sorprendentes todavía si se añade que en la mayoría de los casos se trataba de minorías, no sólo lingüísticamente distintas, sino en situación social y económica inferior a la de los monolingües.

Tales estudios pueden utilizarse con razón para atraer la atención sobre las minorías lingüísticas y para reclamar una organización más racional del sistema educativo que les afecta. Es evidente por razones psicológicas y pedagógicas que el niño debe comenzar su escolaridad en su lengua materna. Y es igualmente evidente, por razones éticas y políticas, que si una minoría lingüística tiene conciencia de su identidad, tiene derecho a elegir la política lingüística de la escuela y derecho, por tanto, a preferir su propia lengua como la principal de su educación.

Pero para aclarar la influencia del bilingüismo sobre el desarrollo intelectual, estas investigaciones realizadas con poblaciones tan claramente sesgadas tienen escaso interés. Las investigaciones decisivas deberán hacerse tomando co-

mo sujetos niños que aprenden muy pronto dos lenguas distintas, que reciben una enseñanza en la que las dos lenguas están igualmente representadas y que viven en un ambiente en el que las dos lenguas son igualmente apreciadas. Cuando se dan estas circunstancias como ocurre en algunas escuelas experimentales europeas donde los niños aprenden desde la edad preescolar a manejar otra lengua europea en condiciones de igualdad con la propia, se pone de manifiesto que el bilingüismo precoz, no sólo no es un estorbo para el desarrollo intelectual, sino que más bien es un estímulo. Lo que no debe sorprendernos. Si el aprender dos lenguas no desborda las capacidades del niño el esfuerzo suplementario que ha de realizar deberá repercutir favorablemente sobre su desarrollo intelectual.

Sin que podamos olvidar de todos modos que se trata de un esfuerzo suplementario y que, por tanto, debemos facilitar lo al máximo. Ya he dicho antes que los aprendizajes del niño en el seno de una familia bilingüe se simplifican si la lengua de cada persona y de cada situación está claramente definida: Y en el período escolar si realmente el objetivo lingüístico de la política educativa es que el niño llega a dominar dos lenguas la enseñanza deberá ser realmente bilingüe, lo que no es nada fácil de organizar. A lo que hay que agregar que la influencia lingüística del ambiente exterior puede ser determinante para el uso de las lenguas en presencia, y que el ambiente exterior rara vez es equilibrado lo que multiplica las dificultades del niño.

Desde otra perspectiva el esfuerzo suplementario que representa el aprendizaje simultáneo de dos lenguas tiene como consecuencia lógica un cierto retraso del bilingüe comparado con el monolingüe en la adquisición de las competencias lingüísticas. El niño que aprende a hablar a la vez en francés y en alemán, a los tres años construye frases tan complejas como un monolingüe de su misma edad y su vocabulario total es incluso mayor. Pero su vocabulario en francés es menor que el de un monolingüe francés de su misma edad y condición y su dominio de las reglas morfológicas y sintácticas es igualmente menor. Y lo mismo puede decirse respecto del alemán, lo que no tiene nada de extraño. Si en conjunto el tiempo de ejercicio lingüístico del niño bilingüe es igual que el del monolingüe, el tiempo dedicado a cada lengua es evidentemente menor y basta esto para explicar el retraso.

Teniendo en cuenta, por otra parte, que se trata sólo de un retraso. Los aprendizajes lingüísticos de los indivi-

duos no son indefinidos, sino que de hecho terminan bastante pronto y en principio no hay ningún motivo que impida que el bilingüe alcance el mismo nivel que los monolingües en cada lengua aunque sea con un cierto retraso.

Dado que los aprendizajes lingüísticos se completan en la edad escolar la posibilidad de alcanzar esta equiparación dependerá de la escuela y también del ambiente exterior en el que se mueve el niño.

He dicho ya que organizar una enseñanza realmente bilingüe es muy difícil y que el ambiente lingüístico exterior raramente es equilibrado. La consecuencia lógica de ello es que el niño incluso cuando se le puede considerar bilingüe alcanza un conocimiento muy desigual de las dos lenguas en presencia. Conocimiento desigual que con frecuencia se traduce en mezclas y contaminaciones sobre las dos lenguas.

Así, una pedagogía despreocupada por una de las lenguas en presencia o de intención bilingüe pero desacertada conduce a un conocimiento desigual de las lenguas. ¿Encuentra además el bilingüe dificultades específicas en sus aprendizajes lingüísticos? ¿Son más frecuentes las dislexias entre los niños bilingües? ¿O las dificultades ortográficas?

Es fácil recoger opiniones que abonan esta opinión, tanto en artículos con pretensiones científicas, como en manifestaciones de pedagogos escolares. Y, sin embargo, conviene puntualizar este tema. El hecho de que el aprendizaje simultáneo de dos lenguas exija un esfuerzo suplementario puede producir no sólo un retraso, sino incluso una mayor fragilidad de las estructuras lingüísticas adquiridas. En estos casos cualquier problema o dificultad grave con que se enfrente el niño puede repercutir sobre estas estructuras, precisamente por su debilidad. En la mayoría de diagnósticos en los que se atribuye al bilingüismo alguna responsabilidad en problemas específicos de lenguaje —dislexia, disortografía, tartamudez, etc.— lo que encontramos es o un conflicto afectivo —en casos de bilingüismo familiar— o un problema de adaptación escolar y social en los casos de minorías inmigrantes o marginadas. La raíz de la dificultad no es, por tanto, el bilingüismo como tal, sino un problema personal o social que se manifiesta a través de ella.

Con una política educativa adecuada o incluso sin ella en una situación diglósica, pero colectivamente aceptada, el bilingüismo no provoca mayor proporción de dislexias o de otras anomalías que el monolingüismo.

Recordemos finalmente que el niño que comienza su

escolarización en una lengua distinta de la propia, encuentra dificultades de aprendizaje en muchas áreas por la imposibilidad de relacionar los términos usados en la enseñanza con su experiencia previa. Pero esto no es problema de bilingüismo sino de pedagogía equivocada. Pues es evidente que la escolarización debería empezarse en la lengua propia del niño.

6. Bilingüismo y estructura de la personalidad

Aunque en la selva espesa de la psicología contemporánea resulta muy difícil cualquier acuerdo en la descripción de la personalidad, parece que al menos podemos decir que por personalidad entendemos la organización de la conducta humana en una unidad individual, y añadir que esta unidad integradora tiene un aspecto cognoscitivo: la unificación de la experiencia en una autoconciencia mantenida en la memoria del pasado y proyectada al futuro, autoconciencia que para simplificar llamamos «yo».

En esta integración personal el lenguaje juega un papel importante. En primer lugar porque el conocimiento de la realidad ambiente y de nosotros mismos se expresa en gran parte en forma verbal. Y más profundamente porque la personalidad se constituya —el yo se hace consciente— en el marco de unas relaciones personales que en buena parte se establecen en forma verbal.

En el caso del monolingüe esta función integradora del lenguaje parece fácil de entender. El individuo para relacionarse con los demás, para entender el mundo y para pensarse a sí mismo utiliza el mismo lenguaje, que es así el fundamento verbal de su identidad. Pero, ¿qué ocurre con el bilingüe?

Empecemos por dejar claro que muchos individuos a los que con razón llamamos bilingües, tienen una lengua principal claramente definida, lengua aprendida en su infancia y en la que mantienen sus relaciones personales principales, lengua en la que expresa su intimidad y con la que se sienten más o menos identificados. En estos casos el problema planteado por el bilingüismo resulta fácil de resolver. Incluso si el bilingüe conoce perfectamente otra lengua y la utiliza con frecuencia, su identidad personal se apoya en su lengua principal.

Pero no todos los casos pueden reducirse a éste. Por difícil que le resulte al monolingüe imaginarlo, hay bilingües capaces de mantener relaciones personales profundas y auténticas con diferentes personas en distintas lenguas. Incluso es posible y relativamente frecuente que una relación personal profunda —un enamoramiento— provoque

el paso del simple conocimiento de otra lengua a un auténtico bilingüismo. El número cada vez mayor de matrimonios entre personas que hablan dos lenguas distintas y adoptan una de las dos como lengua común es un buen ejemplo de ello.

Pero el sostener relaciones personales en otra lengua acaba por influir en nuestra intimidad verbal. Al pensar en otra persona lo que hacemos en gran parte es dialogar, en forma más o menos explícita, imaginariamente con ella. Este diálogo imaginario se sostiene, por supuesto, en la lengua en que nos relacionamos con el interlocutor. Así la otra lengua se va convirtiendo en lengua de nuestra intimidad.

Algo parecido le ocurre al que traslada su residencia a otro país. Aunque las relaciones personales que establece sean menos profundas, su frecuencia y la importancia que tienen para su comportamiento acaban igualmente por introducir la nueva lengua en su intimidad. Y en la medida en que la nueva lengua gana terreno en la intimidad aparecen y se consolidan lo que he considerado características típicas del bilingüe: facilidad para pensar o comunicarse en cualquiera de las dos lenguas, facilidad para pasar de una a otra.

Incluso es posible que la utilización de la nueva lengua por parte del cónyuge o del emigrante sea tan completa que no sólo justifique el calificativo de bilingüe, sino que la nueva lengua llegue a convertirse en lengua principal del sujeto.

Esto es especialmente fácil en la niñez. Un niño que por razones familiares o por cualquier otro motivo cambia totalmente de ambiente lingüístico, cambia de lengua principal e incluso llega a olvidar su lengua materna con una facilidad sorprendente. O sea, que no es cierto que la base lingüística de la identidad personal a lo largo de la vida sea necesariamente la lengua materna.

Pero quizás los datos más importantes para un reflexión sobre este tema son los que nos ofrecen los niños que aprenden a hablar en una familia en la que se hablan dos lenguas distintas. En estos casos dispone de dos códigos distintos para descubrir y consolidar su propia identidad personal. En las dos lenguas las palabras de significan los sujetos de la comunicación —los pronombres personales— son distintos, y son distintas también las reglas de su uso así como también las reglas que gobiernan el uso del masculino y del femenino, y las palabras que designan experiencias afectivas básicas y, sin embargo, acaban por alcanzar una integración personal más o menos

satisfactoria, pero que no pone en peligro su identidad a pesar de que son capaces de expresarse a sí mismos en dos lenguas distintas.

Lo cual sólo puede significar que por muy profundamente enraizada que esté la identidad personal en su expresión lingüística, la unidad de la persona no se confunde con ella y que la dualidad lingüística puede llegar en algunas personas hasta las zonas más íntimas de la personalidad.

Pero el admitir que el bilingüismo sea compatible con la unidad de la personalidad, no quiere decir que no provoque problemas. He dicho yo que muchos bilingües tienen claramente una lengua principal. Para otros en cambio este predominio es menos claro y más difícil de asegurar. Pero incluso el bilingüe que usa dos lenguas distintas en las situaciones más personales, no la usa en las mismas situaciones, sino que usa una lengua en ciertas situaciones y la otra en otras situaciones, con lo cual las dos lenguas no cumplen las mismas funciones ni tienen el mismo significado personal.

La diferenciación de usos y de funciones de las lenguas en el bilingüe puede darse en formas muy diversas, y en el límite cada individuo es un caso distinto. Pero en líneas generales las diferencias pueden describirse en función de las siguientes dimensiones.

Primero.—Una de las lenguas utilizada en la lengua aprendida en la primera infancia, y la otra es una lengua aprendida posteriormente, aunque el uso de esta segunda lengua puede ampliarse tanto que se convierta en lengua principal.

Segundo.—Una de las lenguas es la lengua de la vida familiar y de las relaciones personales, y la otra es la lengua de la vida pública, sociedad ambiental, que puede incluir incluso una parte de las relaciones personales.

Tercero.—Una de las lenguas es la lengua de los asuntos cotidianos y domésticos y de la comunicación coloquial, y la otra es la lengua de las actividades culturales o socialmente prestigiosas.

Finalmente, en el caso del bilingüismo familiar o que afecta a las relaciones personales, una es la lengua usada en las relaciones con unas personas y la otra se usa con otras personas.

Cualquiera que sea la manera como estas diferencias se aplican a un bilingüe concreto, lo importante es notar que siempre las dos lenguas que utiliza cumplen en su vida funciones distintas.

Esta diferencia de funciones no es necesariamente conflictiva. Si la diferencia de funciones en la estructura per-

sonal se corresponde con la diferencia de funciones de las mismas lenguas en el contorno personal o en la sociedad de la que forma parte el bilingüe, no tiene porqué producir conflictos personales.

Así los humanistas en la época del renacimiento, e incluso bien entrada la edad moderna, no sólo escribían en latín, sino que pensaban y se comunicaban en esta lengua cuando se ocupaban de temas culturales, mientras utilizaban una lengua vulgar en el contexto de su vida corriente sin que esta dicotomía provocase ningún conflicto. Lo mismo puede decirse de una situación diglósica colectivamente aceptada como ocurre, por citar un ejemplo, en la coexistencia del alemán normal y el alemán dialectal —Plattdeutsch— en la Suiza de lengua alemana.

Y si pensamos en el bilingüismo familiar, podemos proponer como ejemplo una familia en la que se utilizan dos lenguas A y B: la lengua A, lengua propia del padre y lengua común de los esposos y de su relación en común con los hijos, y la lengua B, lengua propia de la esposa, utilizada en las relaciones individuales de ésta con los hijos. Los hijos, en este caso, pueden ser perfectamente bilingües, pero con las dos lenguas cumpliendo funciones distintas, sintiendo la lengua B como menos propia que la A, ya que se utiliza sólo en las relaciones con la madre. Y esta diferenciación, que se corresponde plenamente con la estructura familiar, puede ser vivida como perfectamente natural.

Pero esta adecuación no siempre ocurre, e incluso cuando ocurre nunca es plena. El desequilibrio puede resultar de cambios del propio individuo —matrimonio, emigración— que alteran el equilibrio lingüístico existente o de condiciones sociales que fuerzan al bilingüe a que emplee una de las lenguas en una función distinta de la que cumple en su estructura personal.

Este es el caso del emigrante que habla correctamente dos lenguas, pero que utiliza una en su vida familiar y en sus relaciones personales y otra en sus actividades laborales y públicas, y que acude a la consulta de un psicoterapeuta, o de un médico o sacerdote y entabla la relación en su segunda lengua. Por mucho que la domine, es evidente que para él es la lengua de las comunicaciones formales y superficiales, mientras que la relación psicoterapéutica se basa en una comunicación más espontánea y profunda que el sujeto sólo conoce en su lengua originaria. Con ello la relación establecida incluye un margen más o menos elevado de artificialidad y de falsedad.

Faseldad que induce a error al interlocutor que tiende

a interpretar lo dicho por el bilingüe como si lo dijese un monolingüe en su misma lengua. Y artificialidad que puede ser notada por el propio bilingüe sintiéndose incómodo.

Cuando el hijo del emigrante o el miembro de una minoría lingüística recibe la enseñanza en una lengua distinta de su primera lengua, incluso si la conoce bien, se encuentra en una situación de este tipo. Porque, si bien es cierto que cualquier aprendizaje intelectual significa en rigor aprender un nuevo lenguaje y, por tanto, el carácter distinto, esotérico, del lenguaje del saber no es necesariamente sorprendente, no es menos cierto que nuestros métodos pedagógicos suponen que la enseñanza para ser auténticamente valiosa debe apoyarse en la experiencia vivida del sujeto y esta vivencia de la experiencia es la que se pierde al renunciar a la lengua materna del escolar.

De modo parecido y todavía más claro: el inmigrante o el miembro de una minoría lingüística, aunque conozca perfectamente su segunda lengua, cuando intenta utilizarla para una nueva relación personal o para una actividad literaria, le atribuye una función distinta de la que cumple en su estructura personal y tropieza por ello con dificultades que deforman la espontaneidad o la profundidad de su expresión.

Es fácil imaginar los equívocos que así se producen entre los interlocutores y los problemas que de ello pueden resultar para los bilingües. Tanto más cuando el bilingüe es en alguna manera consciente de estas dificultades y deduce de ellas la necesidad de optar en cada caso por una u otra de las lenguas en presencia.

Las actitudes ante las lenguas en presencia y la necesidad de optar entre ellas se convierte así en el problema personal más importante del bilingüe. Pero para hablar de esta opción he de referirme antes a otro tema no aludido todavía hasta ahora: la lengua como expresión de una cultura y como vínculo de una sociedad.

7. Lengua, cultura y personalidad

El dato fundamental y que hasta ahora no he tenido en cuenta es que los significados de las expresiones lingüísticas en distintas lenguas no coinciden, a pesar de pretender referirse a la misma realidad. Esto es cierto y fácilmente comprobable a nivel de la palabra aislada, pero lo es también a nivel de la frase y del discurso.

Añadamos que esta diversidad significativa varía con los tipos de realidad significada. Mientras el lenguaje se limita a designar realidades concretas, físicamente presentes o representables en su concreción física —representa-

bles por una imagen concreta— el margen de ambigüedad entre una lengua y otra puede ser muy pequeño. Pero cuanto más nos referimos a realidades de límites imprecisos o con rasgos generales o de naturaleza moral, o más que a objetos nos referimos a acciones o cualidades o a relaciones, la posibilidad de diferencias de significación entre las lenguas se hace mayor. Podríamos decir que cuanto más abstracta es la realidad aludida, mayor es esta posibilidad, pero haciendo una reserva: si la abstracción es estrictamente intelectual, puramente lógica, si la palabra se confunde con un signo formal, la posibilidad de discrepancias vuelve a disminuir. Por esto la traducción de obras científicas es la que ofrece menores dificultades una vez que se conoce el vocabulario técnico. Pero cuanto más nos alejamos de estos dos polos —objetos concretos y conceptos formales— mayor es el riesgo de que los significados no coincidan.

No hace falta aducir ejemplos para ilustrar un hecho perfectamente conocido, que ha suscitado polémicas en todos los tiempos y que podemos llamar el problema de la traducción. Problema que el traductor, bilingüe en principio, puede vivir dolorosamente, ilustrando con esta vivencia tanto la unidad de su persona capaz de comparar los significados de una lengua con los de la otra, como los problemas que esta dualidad le produce.

Pero lo que aquí importa notar es que estas diferencias de significado entre las distintas lenguas no son fruto del azar, relacionadas con la arbitrariedad de los signos o con la mayor o menor riqueza de las lenguas, sino que son el resultado de que los significados que constituyen una lengua son coherentes entre sí y solidarios de la cultura que en esta lengua se expresa.

Así, en castellano y en chino existen palabras que significan blanco y, sin embargo, la realidad denotada por ambas palabras no es exactamente la misma, pues el ámbito de impresiones coloreadas cubierto por la palabra «blanco», esto delimitado por el ámbito cubierto por las palabras que en la misma lengua designan otros colores, y estas palabras son distintas en castellano y en chino. Y por supuesto, «blanco» tiene además un aura de significaciones simbólicas distintas en cada cultura y, por tanto, en cada lengua. De modo parecido la palabra «pan» tiene significados distintos en una cultura en la que el trigo ha sido la base de la alimentación a lo largo de la historia y en una en la que es desconocido. Y el significado de la palabra «abuelo» está ligado al sistema de las relaciones familiares y de valores morales vigentes en cada cultura de-

terminada. Incluso la manera de cómo se enlazan gramaticalmente las palabras en la frase es distinto en las distintas lenguas y se relacionan con una determinada manera de ordenar y entender la realidad.

O sea, que la lengua no sólo es un medio de comunicación de una cultura determinada, sino que la implica y la expresa en sus elementos y en su estructura.

Por esto podemos decir que el niño, al aprender a hablar, no sólo aprende una lengua concreta, sino que asimila la cultura que en esta lengua se expresa y en esta asimilación cultural se configura su personalidad.

En el caso del monolingüe esta implicación personalidad-lengua-cultura, resulta perfectamente comprensible. Pero, ¿qué ocurre en el caso del bilingüe? ¿No será necesario pensar que es una personalidad escindida, oscilando entre dos culturas sin estar sólidamente instalado en ninguna?

En cierta medida así es. Estar integrado a la vez en dos culturas distintas es incómodo y problemático, tanto más cuanto más alejadas sean las culturas en cuestión.

Pero en muchos casos, el hecho es menos trágico de lo que una descripción simplista puede hacer suponer. En primer lugar porque como ya he recordado, muchos bilingües tienen una lengua principal en la que debemos suponer que se apoya su integración cultural. Pero, incluso prescindiendo de este aspecto de la cuestión y limitándonos al tema que ahora nos ocupa, la identificación persona-lengua-cultura requiere bastantes aclaraciones.

Que dos culturas, la alemana y la francesa, por ejemplo, tienen contenidos, la menos, en parte distintos, es evidente. Que estas diferencias se traducen en diferencias semánticas es igualmente evidente. Que se manifiesten también en las estructuras gramaticales es menos seguro y los argumentos que se ofrecen para probarlo acostumbran a reducirse a metáforas más o menos sugestivas. Y en cuanto a las diferencias semánticas, si es cierto que una palabra alemana no se corresponde exactamente con una palabra francesa, también es cierto que es posible intentar traducir su significado por una serie de palabras o de frases en francés. Una cosa es decir que la traducción de una lengua a otra es difícil, y otra afirmar que es imposible. Y si es posible es porque en las dos lenguas y en las dos culturas hay elementos inteligibles comunes.

En vez de abordar la cuestión desde la perspectiva de las lenguas, podemos abordarla desde las culturas para alcanzar el mismo resultado. La cultura alemana y la cultura francesa, a pesar y por debajo de sus diferencias, tienen un fondo común, resultado de una historia compartida.

E incluso con la cultura china, por extraña que nos resulte, tenemos algo en común sin lo cual sería imposible cualquier comunicación.

Podemos pensar, por tanto, que el bilingüe que participa de dos culturas apoya la unidad de su personalidad en lo que las dos tienen en común. Para lo cual basta con que las dos culturas le aparezcan como compatibles.

Pero esto es lo que muchas veces no ocurre.

8. Bilingüismo e integración social

Una lengua es un medio de expresión y de integración cultural. Pero es también y en primer lugar un medio de comunicación social. Todos los que hablan una misma lengua forman una unidad potencial frente a los que no la entienden.

En la sociedad moderna las unidades políticas reales son, como es sabido, las naciones. Y la justificación de la existencia de las naciones se ha buscado en las identificaciones: nación-cultura (cultura nacional) y nación-lengua (lengua nacional). Son conocidas las consecuencias que han tenido estas implicaciones: En nombre de la unidad nacional los estados establecidos han pretendido imponer la unidad lingüística aplastando a las lenguas menores. A su vez las minorías lingüísticas, en nombre de la identificación lengua-nación, han afirmado su derecho a la autonomía o a la independencia.

Incluso con independencia de estos planteamientos políticos, es evidente que cualquier grupo con una lengua o unas modalidades lingüísticas propias tiende a considerar el uso de la lengua propia, no sólo como un medio de comunicación, sino como una forma de afirmar la pertenencia al grupo y, por tanto, como una expresión de solidaridad. A la inversa, la renuncia a usar la lengua o el argot del grupo es entendido como una forma de insolidaridad, como una defección.

Así el hecho de que el bilingüe utilice una lengua en unos y en otros momentos, otra ya no puede entenderse sólo como la adaptación pragmática a unas situaciones. Hay que considerar —la sociedad considera— que en cada momento el uso de una u otra lengua implica una decisión y una preferencia. Decisión y preferencia que son el resultado del sistema de actitudes del bilingüe ante las lenguas que posee.

Aunque estas actitudes son naturalmente muy complejas y dependen de la situación concreta del individuo bilingüe en un contexto socio-cultural, el esquema que propongo a continuación puede ser un punto de partida útil para su análisis.

1.º El bilingüe miembro de una minoría lingüística política o socialmente débil puede elegir la lengua del grupo fuerte como medio de integrarse en este grupo. Esta decisión puede resultar satisfactoria para el individuo, pero puede también resultar problemática.

El individuo puede sentirse inseguro en la nueva lengua y en el nuevo grupo, lo que puede desembocar en conciencia de inferioridad, angustia y fracaso.

Y, por otra parte, puede sentir complejos de culpa respecto a la lengua que ha abandonado y al grupo de los que se mantienen fieles.

2.º El bilingüe puede elegir mantenerse fiel a su primera lengua aun siendo la lengua débil de su ambiente. También en este caso la decisión puede resultar satisfactoria, pero puede también ser problemática.

El individuo en este caso puede quedar resentido contra su propia lengua por las menores posibilidades que le ofrece. Y puede intentar compensar este resentimiento de distintas maneras.

Finalmente, el bilingüe puede renunciar a elegir intentando mantenerse integrado en ambas lenguas y ambas culturas. Lo que a su vez puede vivirlo en forma positiva y satisfactoria. Pero puede también producirse una continuada inseguridad y angustia.

En esta dirección hay que buscar los problemas más importantes del bilingüe y con ellos la manera cómo el bilingüismo afecta a la personalidad. Adviértase que la raíz de estos problemas no está en el hecho de hablar dos lenguas sino en las implicaciones socioculturales de las lenguas habladas, lo que viene a confirmar la afirmación, hecha al comienzo, de que el bilingüismo hecho individual sólo cobra sentido en un contexto social cultural.

9. Actitudes y funciones de la lengua

Digamos para terminar este comentario que la necesidad de adoptar actitudes ante las lenguas en presencia y la intensidad de estas actitudes varía con la sensibilidad de los individuos y con la conciencia de solidaridad de los grupos, pero varía también, y es lo que quiero aquí destacar, con las funciones que cumple la lengua para el individuo y con los niveles en que la usa.

En ciertos medios sociales y en ciertas situaciones el lenguaje cumple una función meramente utilitaria, de vehículo de comunicación. A este nivel el hablar en una u otra lengua o incluso el mezclarlas no implica ningún problema personal, la lengua se utiliza exclusivamente en función de la comunicación.

En el extremo opuesto hay hombres y grupos de hombres que son conscientes del lenguaje en sí mismo —de su corrección, de su adaptación a los fines para los que se utiliza; cognostivos, estéticos, etc. Esta mayor sensibilidad lingüística se añade a una conciencia más viva de los lazos de solidaridad que la lengua establece entre los hablantes y complica y dramatiza sus actitudes ante las lenguas que utilizan.

Esto es particularmente cierto del hombre que se sirve de la lengua como instrumento para una actividad creativa, como ocurre al orador, al profesor, al científico y muy típicamente al escritor.

El escritor, y no digamos el poeta al que las circunstancias han convertido en bilingüe, incluso si en la vida cotidiana se comporta como tal porque conoce por experiencia la dificultad de expresarse perfectamente en dos lenguas y porque es más sensible a la solidaridad que establece la lengua entre todos los que la usan, es extremadamente reacio a escribir en dos lenguas. Y la necesidad de elegir entre una de ellas, o de usar las dos, lo que también es una decisión posible, se convierte en una alternativa dramática.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Descripción del bilingüismo

WEINREICH, 1953, 1966: *Languages in contact*. Mouton. La Haya.

VAN OVERBEKE, 1972: *Introduction au probleme du bilinguisme*. Labor. Bruselas.

TITONE, 1976: *II bilingüismo precoce*. Trad. española: *Bilingüismo y educación*. Fontanella, Barcelona.

Sociología del bilingüismo

FISHAMN, 1971: *Advances in the sociology of Language*. Mouton. La Haya.

RAYFIELDS, 1970: *The languages of a bilingual community*. Mouton. La Haya.

NINYOLES, 1972: *Idioma y poder social*. Tecnos. Madrid.

VALLVERDU, 1971: *Sociología y lengua en la literatura catalana*. Cuadernos para diálogo. Madrid.

SIGUAN, 1976: *Per una sociología del bilingüisme* en «Bilingüisme i educació». Teide, Barcelona.

SIGUAN, 1977: *Usages linguistiques dans une université bilingue. Le cas de l'Université de Barcelona*. Bulletin de Psychologie (327). París.

Bilingüismo y personalidad

HANGUEN: *The bilingual individual* en Saporta (ed.) *Psycholinguistics. A book of readings* Holt. New York.

ERWIN, 1964: *Language and TAT contents in bilinguals*. Journal of Abnormal and social Psychology (68).

DIEBOLD, 1967: *The consequences of early bilingualism in cognitive development and personality formation* en: Price & MC Cord (ed.). *The study of Personality*.

BALKAN, 1970: *Les effets du bilinguisme français anglais sur les aptitudes intellectuelles*. Aimar. Bruselas.

SIGUAN, 1976: *Bilingüismo y personalidad*. Anuario de Psicología (15). Barcelona.